

ENTUSIASMO FILIAL.

Por la señorita doña Apolinaria Vizcarra.

MADRE, acércate á mí, deja gustosa
Que te estreche á mi seno con ternura:
Permite que mi pecho la ventura
Goce de junto al tuyo palpitar.....

Salta mi corazon y quiere, ansía
Confundir amoroso sus latidos
Con los del tuyo, porque así reunidos
Nada, nada podrálos separar.

Permite que mis labios acaricien
Con un beso ternísimo tu frente,
Y deja que se posen blandamente
De tu mejilla en la rosada tez.

Entre las mias con entusiasmo y gozo
Estreche yo tus manos delicadas:
Confundidas estén nuestras miradas
Radiantes de ventura y de placer.....

Así, madre adorada, así me place....
¡Oh, qué goce tan puro, qué contento!...
¿Acaso hay en el mundo sufrimiento
Si una madre se tiene á quien amar?

¿Qué pena puede doblegar el alma
Cuando un refugio encuentra tan sagrado?
¿Qué dolor no podrá ser disipado
Solo con un halago maternal?

Madre querida, no ambiciono honores
Ni riqueza, ni fama; yo no quiero
Tampoco dicha en fútiles amores:
Solo deseo tu amor y nada mas.

No quiero mas placer que siempre verte
Y recibir tus plácidas caricias;
Solo deseo en el mundo las delicias
Que me ofrezca tu afecto sin igual.....

Otra vez, otra vez deja gustosa
Que te estreche en mis brazos con ternura:
Permite que mi pecho, la ventura
Goce de junto al tuyo palpitar.....

Así madre adorada, así.... ¡Qué dicha!
¿Hay en el mundo mas felice suerte?....
¡Ojalá yo esté así cuando la muerte
Se apresure mí vida á terminar!

LA TAZA DE TÉ.

Por Eusebio Romero.

No hay efecto sin causa.—El
LIBRO DEL MUNDO.

GUADALUPE, no se te pase traerme
temprano mañana, á cosa de las seis, una
taza de té, pero que esté bien caliente.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras era una muchacha trigueña y fresca, criada segun el pelaje, de unos diez y siete á diez ocho años y no mal parecida.

La persona de quien recibia la otra la consigna, era una mujer de veinte años poco mas ó menos, de facciones delicadas y muy bien formada de cuerpo.

La criada, después de haberse cerciorado de que á la señora su ama no se le ofrecia ya por la ocasion ninguna otra cosa que mandar, se retiró paso á paso del aposento.

La ama, luego que hubo dado la vuelta Guadalupe, se sentó en un cómodo sillón, se restregó con ambas manos los ojos, bostezó sin santiguarse, prueba patente de que no estaba educada á la antigualla ó que se habia reformado si lo estaba, se desperezó, y después que se hubo desnudado, ya que quedó en paños menores, se tiró sobre una suntuosa cama de

bronce con vistoso cortinaje. Apenas cubrió su cuerpo la sábana, cuando el sueño embargó sus sentidos.

Durmió apaciblemente la jóven hasta cerca del amanecer. Pero ya que estaba próximo el dia, no sé si el calor ó el fresco, si los nervios ó la sangre, no sé en fin qué le causó un sueño que vino á parar en eso que se llama pesadilla y del cual con el privilegio que yo, como todo historiador tengo de saber lo que pasa aun en la mente humana, voy á dar conocimiento al lector.

Soñaba pues la dormida señora, que allí al lado de su cabecera, sobre su elegante buró, en una taza de porcelana harto conocida por sus filetes dorados y sus finísimas pinturillas, humeaba el té exquisito, trasparente, con su rico color de topacio, excitando el apetito de beber con su suavísimo aroma.

Quién habia entrado en su aposento y puesto allí la taza de té encomendada tan especialmente á Guadalupe, no lo sabia la dama: en todos los sueños hay una parte de los sucesos que ocurre entre bastidores,

como quien dice, y seguramente todo lo que era anterior á la colocacion de la taza sobre el buró habia pasado mientras el telon de la imaginacion de la soñante señora estaba corrido.

Como quiera, en tanto que el té estaba allí convidando á que le gustaran y que la dama con ansiosos ojos se aprestaba á embocársele, condénsase de repente el humo, toma humana y carnal figura, y con grande asombro para la dama, vese delante de los ojos, salido como de la taza, un hombre hecho y derecho.

Hasta aquí no habia nada que en justicia pudiese causar miedo ni disgusto, pues un hombre no es capaz por sí solo de disgustar ni espantar á una mujer, en circunstancias comunes, á no ser que esté adornado de algun *chocante* atavío. Y con tanta menos razon podia la soñante señora tener miedo, cuanto que la vision aquella era un sugeto bien parecido y bien puesto, de halagüeño semblante, y que en cuanto se le apareció asomó á sus labios una sonrisa de suma afabilidad por no decir de infinito amor... En resumidas cuentas, el fantasma era en cuerpo y alma, si es que un fantasma puede tener cuerpo y alma, una persona bastante conocida, si no de todo el mundo, sí por cierto de la persona ante quien se hacia presente en sueños. Sí, la vision era la representacion corpórea de una de esas tentaciones que en hora menguada acometen á las mujeres, y contra las cuales luchan á brazo partido unas, es decir las que aprecian su propio decoro, su conveniencia y su buena fama, y á las cuales se rinden de buenas á primeras otras, es decir las que no quieren tomarse el trabajo de sacrificar un capricho ú antojo de negras consecuencias al bienestar de toda su vida. Esto va en gustos, y como sabemos todos, de gustos no hay nada escrito: en cuanto á los re-

sultados de la lucha, esos dependen de la voluntad, pues no queda vencido quien no se pone en ocasion de serlo.

Pues, como iba yo diciendo, el objeto aparecido á la durmiente dama, no era desconocido para ella. Con halagüeño semblante, una amorosa sonrisa en los labios y una expresion de inefable contento en los ojos, él se quedó contemplando, como embebecido, á la preciosa mujer.

—¡No! díjole con acento rendido; no tape usted, no me robe usted de la vista su brazo, ese tesoro de perfeccion y maravillosa hermosura, capaz él solo de servir á Vénus de título suficiente para ser proclamada la primera entre las beldades.

Parecióle á la dama ver demasiada llaneza, demasiado atrevimiento en estas razones, y sin embargo de no disgustarle que así mereciera elogios su brazo, que era, ya lo tengo dicho, de lo mas hermoso que se conozca en su género, juzgó propio tapársele, no tanto por recato, como porque el sugeto que le hablaba tenia trazas de querer impedir á todo trance que el objeto de su admiracion é idolatría le fuese quitado de la vista.

Mas al ir la propietaria legítima del maravilloso brazo á cubrirle con su pañuelo, finísimo pañuelo de batista que si bien dejaba trasparente lo que debajo de él habia, y exaltaba así mas el deseo, no salvaba menos por eso las apariencias, que tanto importan en este mundo de mentiras y gazmoñería; al ir ella á cubrir el maravilloso brazo, enredósele en una como red la opuesta mano, y bregando por desasirse del estorbo en tanto que el hombre se adelantaba rápida á descansar sobre el repetido brazo, de tal suerte manoteó, y se agitó con ansia tal, que dando un golpe en la taza de té la volcó, bañándole el hirviente líquido el brazo.

En este punto despertó la dama.

Lo del hombre era fantasía, puro sueño. ¡Mas no así lo de la taza de té y lo de la quemadura!

Guadalupe, puntualmente obediente á la órden de su ama, habia entrado en su aposento, minutos antes del sueño, habia llamádola muy quedo y sin cerciorarse de si habia recordado, habia vuelto la espalda.

La dama, despertada con sobresalto por efecto de la quemadura, vió lo que habia pasado y al contemplar su brazo escaldado y rojo y al sentir el ardor que aquello le causaba, llamó con la campana de la cabecera de su cama, y con todas las demás que en la pieza habia.

¡Era en verdad una desgracia para llorarse con ambos ojos y hasta la consumacion de los siglos, la catástrofe que habia acontecido á la desventura mujer! Su brazo, su primoroso brazo, el brazo mas lindo, por todos cuatro costados, que jamás viera el mundo, el brazo adorable y adorado, ¡santo Dios! escaldado, y en via de ostentar una ampolla capaz de afligir mortalmente al corazon mas duro. Aquello venia á ser mas sensible que las manchas de pecas, tan lamentable, mas lamentable todavía que el estrago de las viruelas en un lindo rostro.

Guadalupe, la fiel y afectuosa Guadalupe acudió al punto y tras ella toda la servidumbre mujeril, pues como sabe mejor que yo la amable lectora, el dormitorio ó *recámara* de una señora es un santuario donde no es permitido penetrar sino á los hombres iniciados en ciertos especiales misterios.

Guadalupe se quedó de una pieza al ver la *caída*, y sobre todo el brazo maravilloso extendido, y con un manchon largo, ancho y colorado. Esto y los dolientes ayes de su señora le arrancaron un par de lágrimas del par de hermosos ojos que Dios le habia dado entre otras cosas.

—¡Señorita!... exclamó Guadalupe después de un breve rato de silencio contemplativo, ¡señorita!... ¡válgame la preciosa sangre de Cristo!

La *señorita* no habló una palabra: las lágrimas que corrian á torrentes de sus ojos, arrancadas por el ardor de la piel y por la pesadumbre del suceso, le tenian embargada la voz.

Por fin, merced á los cariñosos consuelos de todas su criadas y mas particularmente de la afectuosa Guadalupe, acertó á proferir algunas palabras.

—¡El médico!... Vayan corriendo á llamar al señor doctor, al señor don Guillermo, ¡ay! que ya me muero de dolores...

En la hora, la órden, comunicada al mozo, al galopin, al lacayo, puso á tres ó cuatro hombres en la calle, y antes de diez minutos ya estaba el doctor, uno de los médicos mas hábiles y justamente famosos de Méjico en la casa, á la cabecera de la doliente.

—¿Qué tiene usted, Carlota? preguntóle asustado.

Carlota, por toda respuesta, le puso delante de los ojos, con afligido semblante, el brazo portentoso, indicándole la quemadura, con la vista.

El doctor se quedó asombrado, estupefacto en presencia de aquella obra maestra del Criador. Es seguro que ni en el tiempo de su curso de anatomía, ni en el dilatado período que llevaba de ejercer la profesion que tanto asimila á los hombres con Dios, habia el doctor visto ni aun soñado como posible una cosa tan perfecta, ora respecto del buen gusto, ora respecto de la ciencia, pues con los ojos de la ciencia contemplaba él aquel brazo.

Yo, que á trueque de ser notado de ponderador he dicho ya bastante acerca del maravilloso brazo, juzgo conveniente dejar al doctor que á su sabor le contem-

ple y le toque y prescriba al fin lo que juzgue conveniente para la curacion de la quemadura.

II.

En la famosa Junta de notables de la no sé si república mejicana, pues á la sazón los que sueñan testas coronadas, centros é inquisicion para la patria de los aztecas tenían convertido al país, en virtud y por consecuencia del triunfo de una vergonzosa asonada, en una sociedad sin gobierno de nombre conocido; en la famosa Junta de notables se discutia la cuestion por demás grave, de la estructura política que se daría á la sociedad mejicana, sin que corrieran riesgo alguno en cualquiera reaccion probable y posible los formidolosos constituyentes: ¡siempre es bueno nadar y salvar la ropa!

Ahora bien, uno de los dignos y graves legisladores notables, á quien solamente faltaban la peluca y el calzon corto para que mas á la perfeccion remedasen los tiempos heróicos que con tanto deleite se representan y con tanta ansia desean nuestros monarquistas; uno de los tales notables, embazado de la discusión, en que á decir verdad no entendia palabra, fuera de lo que se dignaba explicarle el hinchado director del partido, se retiró del salon y del palacio tambien, y fué á meter su respectable persona en la casa de una mujer á quien nunca habia hecho nadie el ultraje de reputar por honrada, si se exceptúa á su marido.

—Mal dia nos hace hoy, díjole á él ella, cuando le vió; pues Vicente está en camino para Méjico.

—¡Tu marido! ¿es posible! exclamó el hijo de la monarquía abriendo tamaños ojos.

—¡Sí! ¿qué quieres? Ya cumplió su comision y no hay nada que pueda entretenérnosle por allá. Y me dice que pronto estará de vuelta, pues al cabo de un a-

ño que lleva de estar ausente, está desahaciéndose por verme.

—¡Y cómo nos componemos? Él no es hombre que deje de armarme una de Lucifer... y á mí no me gustan esos quebraderos de cabeza....

—Solamente un arbitrio hay: déjame de mi cuenta.

Y diciendo esto la mujer, levantóse como impulsada por una feliz inspiracion, vistióse con todas sus galas, consultó repetidas veces el espejo y después de pasarse por la cara quién sabe qué cosa que la pintó de un pálido muy agraciado, se puso en actitud de tomar la calle.

—¡Adónde vas, Julia?

Volvióse ella á esta pregunta, y habló á su galan unas cuantas palabras en voz tan baja que aun yo, con ser historiador, no puedo referirlas.

—¡A dios, Jorge! dijo después, tomando la escalera.

Mas tarde el lector y yo sabremos adónde va y á qué. Por ahora contentémonos con seguirla con la vista hasta entrarse en el palacio nacional, á que algunos dan el sobrenombre de la cueva encantada. Ello sí, yo seria capaz de apostar á que entre los que le aplican este apellido, no todos se le dan con el mismo sentido, pues cada quién habla de la feria conforme en ella le va. Por ejemplo, ¿cómo puede dar á entender lo mismo el que á título de presidente, ministro, diputado, senador ó mequetrefe ha sacado su barriga de mal año y el simple particular, el hombre honrado que no encuentra allí mas que vejaciones y trapacerías?

III.

Carlota, tras breves dias de crudo padecer, habia, gracias á Dios, recobrado su salud, y las tertulias de mas tono y elegancia de la capital, habian vuelto á su antiguo esplendor con su presencia.

No juraré yo que no haya una poca de ponderacion en esto, pero así lo aseguraban con toda formalidad á ella misma algunos elegantes *attachés* á su persona.

Pero el brazo, el brazo hechicero, no habia podido sanar sin quedar con la fea señal de la quemadura. Por lo tanto, hábale condenado su dueño á estrecha y perpetua reclusion entre un manguillo de fina pero tupida tela y una manga superior perteneciente al vestido.

Por demás me parece decir cuán inconsolable se sentia Carlota con su quemadura y cuánto extrañaban las personas de confianza que el brazo portentoso cuyo primer se recreaba en ostentar de vez en cuando su dueño, no saliera ya á la luz, haciéndose esto mas y mas extraño cuanto que nadie acertivamente sabia la causa, pues ella habia recomendado á las personas de su servidumbre que estaban impuestas en el deplorable suceso, que le conservaran secreto.

Hay acontecimientos que lloramos, necios de nosotros, como una negra desdicha y que allá á la larga dan una prueba patente de la sabiduría del Arbitro supremo. No es decir que yo sea partidario de los que creen que todo está bien como está ni de los que sostienen, por lo contrario que todo está mal; pero ¿no es verdad que nadie puede afirmar de pronto que un suceso fausto no traerá consecuencias aciagas, y vice versa?

Como quiera, Carlota cada vez que contemplaba su brazo se soltaba en amargo y copioso llanto y juraba no volver á tomar té en los dias de su vida, como si el líquido tuviera la culpa de que pensamientos locos hubieran ido en mala hora á tomar asiento en su imaginacion, trastornándola de manera que le hizo cometer el desaguisado de volcar la taza y derramar la infusion en ella contenida.

Tom. II.

La reclusion del brazo estupendo hizo novedad, como acabo de tener la honra de decirlo, entre las personas de confianza de Carlota y cada cual se echó á pensar lo que habria acontecido que habia causado aquel inesperado eclipse del astro mas esplendoroso de Méjico.

Entre los hombres que mas se devanaban los sesos por saber lo que en el particular pasaba, hallábase uno, jóven atornado, de lo mas lucido de la elegancia y amigo de andarse á picos pardos. Este, visita frecuente de Carlota y que ella recibia con tanto agrado, por efecto de simpatía, que el público, siempre malicioso y murmurador comenzaba ya á verle como el galan y galan afortunado de ella, habiase atrevido varias ocasiones á preguntarle entre chanzas y veras aunque en balde, qué motivaba el que ya no se viera su brazo. Mas cansado de emplear sin provecho los medios indirectos y de dulzura, picado de no salirse con su intento y azuzado por sus amigos, determinóse á descubrir la verdad á todo trance.

Carlota, jóven, casada pero sin hijos, esposa pero sin recibir atenciones de su marido, ella que siempre habia sido cocada y por lo mismo no podia pasar sin que le dijeran mucho de su hermosura y de las pasiones volcánicas que su beldad engendraba en cuantos la veian; Carlota pues no miró con malos ojos al elegante desde la vez primera que le topó. El tiempo y el trato, ayudados de la ociosidad, fueron labrando en ella: él de simple visita de la casa que al principio fuera, se remontó á pretendiente, y el dia que Carlota habia tenido el sueño de que habló poco hace, las cosas habian llegado al punto en que las mujeres y particularmente las casadas, consienten allá en sus adentros en echarse tarde ó temprano á rodar á un precipicio en que nunca se encuentra fon-

P.—27

do. El hombre, fingiendo amor, un amor de esos que se apellidan irresistibles, volcánicos, inmensos, había soltado una docena de palabras que todo el mundo sabe y que toda hembra comprende, y la mujer, sin prometer nada ni contestar categóricamente, había dado significación á sus ojos y á sus labios, á su turbacion y á su silencio. ¡Carlota no se había comprometido, puesto que se había quedado con la boca cerrada!.... Pero en ciertos lances ¿no es hartó consentir el callar? ¿No es el hablar un deber imperioso en varios casos? Y una señora casada ¿no debe por ventura tener siempre expedita la lengua para toda ocasion en que se le requiera de amores, una vez que toda manifestacion de esta naturaleza es un ultraje patente hecho á ella?

¡Carlota no tenía hijos! Y los hijos preservan de las malas tentaciones y amenizan el matrimonio, hartó monótono y despacible de suyo.

¡Carlota se creía desairada de su marido! Y el marido debe ser un cortejo de su esposa, para borrarle de la memoria el tiempo en que era galanteada.

El caso es que el hombre consabido, como ya lo he dado á entender, de simple conocido había llegado á ser cortejo, y que la dama estaba en camino de perdicion.

Determinado pues el galan á descubrir lo que había de real y verdadero en lo del brazo, se presentó un dia con este ánimo en la casa de Carlota.

No quiero trasladar al papel las palabras y obras de que juzgó él conveniente valerse para lograr su intento. Solamente diré en resúmen que habiendo dado á entenderse mas de lo que convenia, la dama se vió estrechada á darse por ofendida, con lo cual, advertido aquel de que estaba á pique de perder todo lo que ya tenía andado, cambió de rumbo, y en me-

dio de las atenciones que para aplacarla y satisfacerla tuvo que poner por obra, al servirle un braserillo para que encendiera su pulido cigarro, saltó una chispa y prendió la delicada manga del vestido, arriba de la sangradura. Para la debida inteligencia del lector importa decir aquí que Carlota, para lucir lo bien formado de su brazo, ya que no podía ostentarle desnudo, usaba unas mangas angostas, pegadas á la carne.

—¡Me abraso, don Luis! gritó despavorida Carlota.

Y don Luis sin aturdirse ni perder tiempo en llamar, tiró de la manga y de tal suerte la desgarró, no sé si por satisfacer su curiosidad ó por impedir que cundiera el fuego, que puso á descubierto el brazo, el maravilloso brazo, el brazo único sobre la tierra en perfeccion y primor... ¡y al mismo tiempo la señal, la fea mancha de la quemadura!

¡Cuento! exclamará tal vez aquí la amable lectora.

¡Cuento!.... ¿No suceden todos los dias cosas que nos hacen decir: Parece cosa de novela?... Y por último, créase lo que se quiera, esto que yo estoy relatando no es una pura invencion.

Don Luis, á la vista de aquella como llaga, como señal de herpes sintió cuajársele la sangre: ¡en lugar de arrobamiento amoroso tuvo asco!

Carlota vió cruzar rápida por su mente la memoria del sueño fatídico con la representacion del mismo hombre de entonces y ahora. Asustada y confusa al advertir que don Luis había descubierto su brazo y visto la ominosa quemadura, quedóse con los ojos clavados en el suelo, y á poco, cuando al levantarlos se encontró con la expresion de profundo asco que resaltaba en el semblante del jóven, paróse azogadamente del muelle sofá, y retiróse á lo

mas escondido de su casa, donde se mantuvo todo el resto del dia lamentando su negra estrella.

IV.

Julia se presentó ante uno de los secretarios de Estado, quien la recibió con la afabilidad propia de todo caballero.

Después de los primeros remilgos, Julia enteró á su excelencia del asunto que allí la conducia.

Viendo lo comprometido de la situacion de la dama y su perplejidad, el señor ministro tomó por su cuenta sacarla del atolladero, con lo cual ella se retiró muy satisfecha.

Es una verdadera dicha el verse uno en aptitud de dispensar gracias, gracias de todas calidades.

Al dia siguiente un expreso partió de la administracion general de correos, conduciendo una órden para que don Fulano de tal fuese aprendido y reducido á prision hasta nueva órden por ser sospechoso de conatos revolucionarios. Mas el empleado público á quien fué encomendada la ejecucion de la tal órden, siendo amigo del perseguido, le dió secreto aviso de la suerte que le estaba deparada y este apresuró su viaje á Méjico.

Entre tanto, Julia, sabedora de lo que se había dispuesto para retardar el regreso de su marido y confiada en el efecto de la medida adoptada, de acuerdo con don Jorge concertaba la manera de ocultar á las consecuencias de su perversa conducta.

Un dia se presenta en la casa de Carlota un caballero, solicitando hablar con su marido. Este recibe el recado, sale á la pieza de recibimiento y al ver á la persona que le busca quédase atortolado.

—Acérquese usted, don Jorge, dícele el forastero. Tenemos que hablar en lo reservado.

—Mande usted.

Sentados silla contra silla, los dos actores entablaron una consersacion, pero en voz tan baja, que yo no puedo dar cuenta de ella; pero juzgando por la fisonomía de ambos y por su gesticulacion, fácil es presumir que hubo reproches muy vehementes de parte del extraño, abatimiento y culpa por parte de don Jorge. En fin, acalorándose mas y mas aquel, fué alzando mas y mas la voz, hasta el grado de llegar á los oídos de Carlota la gresca.

Sobresaltada Carlota y temerosa de que á su marido sucediera alguna desgracia, se hizo presente, y al querer ó no hubo de imponerse, con mengua para su esposo, de que este gastaba mala conducta y que las resultas de sus últimas torpezas eran la provocacion á un desafio por parte del marido ultrajado.

¡Tontería! El desafio, cualquiera que sea su término, ni sirve para restituir la honra empañada ni para proporcionar una venganza: sobre quedar hecha, consumada la ofensa sin remedio, el ofendido corre el riesgo de quedar en el sitio.

—¡Ah! ¡pero manifestó que era hombre de honor! exclamarán los partidarios del desafio.

¡Famosa salida! El desafio no tiene virtud de dar ni de quitar la honra, y ya se van persuadiendo de la ineficacia de esta bárbara y antisocial usanza todos los hombres de seso.

Como quiera, el desdichado notable se alegró no poco de que su mujer se impusiera de lo que pasaba, para que la mediacion femenil apartara de su cabeza el golpe que le amenazaba.

No trataré yo de trasladar al papel todo lo que ocurrió: solo sí diré que hubo

en el lance mas d6sis de ridiculo que de otra cosa para el hijo de la monarquía.

El ultrajado marido, á súplicas de Carlota, que no dejó de ostentar su brazo bueno, dignísimo compañero del otro, desistió de su sanguinario empeño, después de haber abrumado de improperios al notable personaje, quien á no haber su adversario quitado el dedo del renglon, hubiera ido á denunciarle á los jueces.

V.

Don Jorge, escarmentado con la ocurrencia á que habia dado lugar su mala conducta, pidió consejo á un amigo suyo, quien le hizo advertir que no hay felicidad permanente y sólida para un hombre casado, fuera del regazo de su esposa.

Carlota, recordando siempre el crítico lance que habia tenido con don Luis, quien habia divulgado por todas partes lo que tenia ella en el brazo; Carlota que al recordar el crítico lance conocia el precipicio en cuyo borde habia puesto locamente la planta, se guardó muy bien de ponerse en coyunturas comprometidas.

Julia quedó para siempre abandonada de su marido, y hecha la hablilla de las gentes.

En cuanto al esposo ultrajado, se ausentó de la república.

SALSA

para un guisado de lengua castellana.

NOTA.—Lo que aquí va de cursivo es castizo en sí, pero vicioso en su aplicacion ó en la acepcion que comunmente se le da. Lo que sobre ir de cursivo lleva un asterisco (*), no está admitido por la Academia en ninguna acepcion. Lo que va de redondo es correcto.

Agredir* á alguno; acometer.

Arrugarse (acobardarse); alebrarse, alebrestarse, alebronzarse.

Atarantar* (aturdir), atolondrar ó espantar.

Atrojarse* (cortarse ó turbarse de verguenza, respeto ó miedo); atajarse.

Azuloso* (lo que tiene color azul ó tira á él); azulado.

Cabretilla* (piel de cabrito ú otro animal pequeño, aderezada, y de que se hacen guantes, etc.); cabritilla.

Consortio (casamiento); desposorio.

Dar una paseada* (pasear); dar un paseo.

Desastroso* (desgraciado); desastrado.

Desman (descomedimiento); desmandamiento, pues DESMAN vale DESGRACIA.

Diafanizarse* una cosa; trasparentearse.

Enfullinarse* (enojarse); atufar, atufarse.

Flagrante; patente.

Hacerse de la vista gorda (disimular); hacer la vista, etc.

No vérselas de polvo; no verse etc.

Presupuestar* gastos; calcular gastos, etc., ó ponerlos en presupuesto ó formar presupuesto de ellos.

Proyectarse la sombra de un edificio, etc.; delinearse, trazarse.

Pullar* (aguijar ó aguijonear) á alguno; azuzar, incitar.

Rechipilarse* ó repochilarse; * alfeñicarse ó arrullarse.

Regresarse; regresar.

Sangradera (la parte interior del brazo por donde se dobla y se sangra); sangradera, pues SANGRADEIRA ES LANCECETA, ó LEBRILLO EN QUE SE RECOGE LA SANGRE.

Simpatizar* (congeniar) una persona con otra; confrontar y tambien, ~~con~~ tarse dos personas.

Tertuliente* (el que concurre á una tertulia); tertuliano, tertuliana.

Visitante* (la persona que visita); visita.

Zahuan* (entrada de una casa); zaguan.

MISCELÁNEA.

LOS CABALLOS MONTESES.

En muchas partes de la Asia y Africa los caballos silvestres se ven en grandes manadas. Cada una de estas es conducida por un jefe, quien dirige sus marchas y las hace andar ó detenerse á su antojo. A la hora del combate es el primero que se expone al peligro. Da tambien las direcciones ordenadas cuando se ven atacados por los ladrones ó los lobos. Es además extremadamente vigilante; frecuentemente está al derredor de la manada, y cuando descubre alguno fuera de su línea ó que se queda atrás, le empuja con el hombro y le obliga á tomar su posicion.

De aquí es que las manadas de caballos monteses regularmente marchan juntos y casi en tan buen orden como nuestra caballería disciplinada; pasean en hileras y brigadas, formando diferentes compañías, sin que jamás se mezclen ni separen. No parece sino que algun instinto secreto les enseña que su fuerza consiste en su union. De consiguiente tan luego como se ven amagados de algun animal feroz, al instante se colocan en buen orden, y si alguno cae, es regularmente el mas débil que no tiene fuerza para correr, ó el que anda con lentitud cuando es necesario agruparse para su mutua defensa.

Los jefes deben su elevacion á sus hazañas: se ha observado que continúan ejerciendo estas fatigosas funciones por espacio de cuatro ó cinco años; pero si algun jefe llega á ser débil ó se vuelve a-

pático, otro ambicioso del mando y seguro de su fuerza, se desprende de la manada y le acomete: si el jefe no es vencido, todavia conserva su primacia; pero si lo es, regresa avergonzado á la manada, al paso que el vencedor toma el mando y le reconocen como soberano.

Los principales enemigos de estas reuniones son el leon, el tigre, la pantera y el leopardo, de los cuales huyen siempre que ven no poder resistir con buen éxito. La velocidad con que corren pronto los pone fuera del alcance de sus perseguidores. Sus fuertes dientes y piernas les sirven como de armas, de una extraordinaria fuerza; con las segundas dan tremendas coces y con las otras muerden con igual furia y efecto.

Estas especies son originarias de Asia y Africa. Se encuentran en vastos y elevados planos de la Asia central y en las regiones mas meridionales de la Africa; pero ninguna existia en América ó en Nueva Holanda, antes que descubriesen estos países los europeos. Los viajeros refieren que estos caballos no tienen lugar fijo de residencia; que acostumbran guarecerse en puntos secos y al pié de algun alto cerro, á la falda de algun antiguo monte.

El terror que tienen á la tempestad es igual al que le tienen casi todos los demás animales. Cuando amenaza un torbellino, ó los rayos del trópico retumban sobre la tempestuosa nube, se asustan tanto, que agitados é inquietos, se guarecen á los parajes mas desiertos y apartados,